

"LOS DIAS DE DON RICARDO JIMENEZ" / Eugenio Rodríguez Vega



Comenta Isaac Felipe Azofeifa

Eugenio Rodríguez Vega
Los Días de don Ricardo.
San José, C. R.,
Editorial Costa Rica, 1971.
188 págs.
Rúst. 21 x 12½ cms.
Distribuye EDUCA

Después de tantos años de no leer la buena prosa de Eugenio Rodríguez puesta en un ensayo largo, nos sorprende con este volumen que publica la Editorial Costa Rica.

Escribir un libro sobre don Ricardo es empresa arriesgada. Lo dilatado de su presencia en el mundo; lo contradictorio de muchos actos y palabras suyas, lo confuso de muchas situaciones políticas en que su personalidad anduvo mezclada; la ausencia de investigaciones historiográficas previas; el tradicional silencio que guardan los actores de nuestra política en torno a los suce-

sos históricos de que fueron protagonistas; todo hace durísima la empresa que ha acometido con tan buen resultado nuestro escritor, "sin ser sociólogo ni historiador" como él se apresura a explicar.

Desde un don Ricardo de 29 años, joven estudioso a quien se consulta como hombre de buen juicio y opinión honesta; pero que se apresura a decir su disgusto de la política y los políticos "de cuyo campo vive alejado con todo placer mío"; que entra en la política activa sólo después de los cuarenta años, nos lleva el autor al través de la azarosa vida del gran viejo hasta el día de su muerte, para mostrarnos un político fiel a sí mismo a lo largo de etapas, hechos y palabras aparentemente contradictorios. Don Ricardo parece un político que, por vital desgano de la política, —expresó cientos de veces— se mantiene por encima de sucesos y personas; de ahí

sus negativas cerradas cuando sus partidarios lo proclaman candidato; de ahí su ironía política, cierto desprecio no disimulado de los "demagogos"; cierta aristocracia de gestos. Don Ricardo es fiel a dos o tres postulados suyos, vitales, más que doctrinarios: Separación de Iglesia - Estado; tolerancia; libertad absoluta de opinión; respeto de la voluntad del pueblo expresada en las urnas. Es decir, concepción del sistema democrático liberal como régimen que se regula a sí mismo al través de la alternativa de los gobernantes en el poder. Esto es lo que las nuevas generaciones les cobraron a los dioses del Olimpo liberal que nos gobernaron durante más de medio siglo; su ceguera para los problemas económicos y sociales que iban agravándose año con año por virtud de su pasividad para ejercer control sobre las fuerzas despiadadas del capital acomodadas sobre las es-

paldas del pueblo. Por esto nos explicamos el silencio absoluto que don Ricardo guardó frente al gobierno de audaces planteamientos económico-sociales de González Flores; pero nos indigna su mudez frente a la dictadura de los treinta meses de los hermanos Tinoco. Don Ricardo no logró entender el paso de la historia.

La superficialidad periodística de muchos nos ha dado una imagen de don Ricardo creada a base de anécdotas. Ciertamente, era buen ejemplar de hombre del siglo XIX, que, además, poseía un ingenio cáustico y una ironía corrosiva, implacable. Pero el escritor, no se deja llevar de este fácil pretexto. Nos da la imagen del político enfrentán dose a hechos y personas de mayor significación que la puede despacharse en una anécdota. Ahí están sus repetidas negativas a intervenir en la política como candidato; su estilo claro.

franco, duro a veces, siempre honrado, de enfrentarse a los hechos y a las personas; su comprensión del mensaje que traen a la historia las figuras previsoras de Alfredo González Flores y Jorge Volio, su rencor contra el Ex presidente Cortés; y el crescendo dramático de los últimos capítulos, hasta que, pocos días antes de morir dice palabras que muestran al hombre —tan tarde ya— abierto a los nuevos tiempos: "Una democracia liberal, económicamente socialista... el país necesita una revolución hacia la justicia".

Eugenio Rodríguez es un investigador cuidadoso. Rico de información primera mano, escoge el dato preciso, lo asimila a su estilo, evita el fárrago, da vida al cuadro introduciendo datos significativos de la vida cotidiana del costarricense de la época. En una palabra, el investigador es también, o primero, un escritor. Des cualidades que no se dan a menudo juntas. Y así tenemos presente en "Los días de don Ricardo" a uno de nuestros mejores ensayistas.

Isaac Felipe Azofeifa